




3 1761 06781963 1



Digitized by the Internet Archive  
in 2010 with funding from  
University of Toronto





**ORIENTE**

**I**

**La danza de los siete velos**

*A Ramón Montilla*



DEDICATORIA





Carlos María del Vallejo  
Mont. 1911.

Al ilustre escritor mexicano

Excmo. Sr. D. Joaquín de Casasús

con la admiración y el  
afecto de su devoto,

F. VILLAESPESA

Madrid, Abril de 1909



**El jardín de las Quimeras**

P4  
6641  
I6 J37  
1909



Mi lírico jardín es tan lozanò,  
y es tan fértil su eterna primavera  
que no da tregua á la labor mi mano  
ni descansa jamás la podadera.

    Envidia de sus propios detractores,  
porque en su cerca florecida encierra  
todas las frutas y todas la flores  
que producen los cielos y la tierra.

Más de un ladrón, en las noches serenas  
por sus rústicos muros trepa astuto,  
ávido de su lírico tesoro,

para castrar la miel de mis colmenas,  
y henchir sus cestas con el rico fruto  
de mis frondosos árboles de oro.

## I

Tu nombre es un perfume diluído  
en las suntuosidades de esa vida  
que soñó mi ilusión y no he vivido.  
Evoca pompas, y á soñar convida

con palacios de mármoles triunfantes,  
perfumes de incensarios y canciones,  
túnicas consteladas de diamantes  
y tronos custodiados por leones.

Tu mirada sutil es como un dardo  
que hiere el alma de melancolía...  
Surges danzando, y en la danza tienes

esa lasciva palidez del nardo  
que muere perfumando en su agonía  
la lujuria oriental de los harenes.



## II

En el centro de un círculo sonoro  
de vítores, erótica sonríes,  
mientras repican crótalos de oro  
tus dedos enjorjados de rubíes.

Teje lúbricas danzas tu ligera  
planta sobre el damasco de la alfombra,  
y proyecta la negra cabellera  
sobre tus hombros un temblor de sombra.

Tus negros ojos el placer irisa  
sobre tus vivas palideces y entre  
la diabólica flor de tu sonrisa,

en un fugaz y ardiente parpadeo,  
mientras crisan el bronce de tu vientre  
todos los simulacros del Deseo.

### III

Al son de las nubelias, tu pie breve  
al borde de la túnica blanquea,  
mientras como sutil lirio de nieve  
tu talle cimbreador se balancea.

En un gesto de amor, como soñando,  
tu mano un nardo del escote arranca,  
y te paras de súbito, temblando,  
como una inmensa mariposa blanca.

Desfallecen de amor los burcelines;  
humo de incienso tu pureza aroma,  
y entre un deshojamiento de jazmines,

el blancor de tu velo es una nube  
en donde á veces, sonriente asoma  
tu rubia cabecita de querube.

#### IV

Entre un temblor de gasas y de tules  
trazan tus pies inconcebibles giros,  
mientras deshojan cálices azules  
tus dedos enjorjados de zafiros.

Alguna boca inmaterial te besa,  
hasta dejar exangüe tu hermosura,  
y en la espiral de un sueño de turquesa  
se esfuma el claro azul de tu figura.

Bajo tus plantas rápidas é inquietas  
deshójanse guirnaldas de violetas;  
y á través de los giros de tu velo

fulguran tus pupilas visionarias,  
igual que dos estrellas solitarias  
en un pedazo del azul del cielo.

V

Bajo una transparencia de esmeralda  
la flor de tu belleza se adivina,  
y tus flotantes rizos enguirnalda  
un húmedo verdor de alga marina.

Tienes danzando así, la luminosa  
paz de los verdes bosques seculares,  
y la atracción ambigua y misteriosa  
de las profundas aguas de los mares.

Seca el laúd su llanto; la viola  
se queda en un suspiro extenuada;  
fulge tu velo como mar serena,

y entre el temblor verdoso de una ola  
aparece de algas coronada,  
tu lúbrica cabeza de sirena.



## VI

Entre un fasto de púrpuras triunfales  
agitas en la danza tus caireles,  
los cabellos ornados de corales  
y las manos colmadas de claveles.

Entre jardines de corales vaga  
tu cuerpo en contracciones de serpiente,  
y cual rojo crepúsculo naufraga  
en un profundo mar de sangre hirviente.

Lanzan tus ojos trágicos destellos;  
y entre las llamas lúbrica sonríes,  
mientras en tu sutil mano de artista,

prendida de los ásperos cabellos  
se desangra en un llanto de rubíes  
la truncada cabeza del Bautista.

## VII

Sobre un tapiz de rosas amarillas,  
el áureo ensueño de tu velo arde,  
mientras, temblando de caricias, brillas  
vestida con los oros de la tarde.

Tienes esas fugaces transparencias  
de una nube opalina que el sol dora  
y bajo las solares refulgencias  
en un suspiro de ámbar se evapora.

Y con un gesto de pudor, soltando  
por la espalda el cabello de sol lleno,  
te detienes inmóvil, ocultando

con la mano el más íntimo tesoro,  
y con la diestra reteniendo el seno,  
como una Venus cincelada en oro.

## VIII

Bajo un polvo fugaz de oros extintos  
aparece tu imagen imprevista,  
ornada de violetas y jacintos  
y ceñida de un velo de amatista.

Tus manos, al danzar, esparcen lilas,  
y al lascivo temblor de tus caderas  
se entornan temerosas tus pupilas  
en un morado círculo de ojeras.

En las volubles líneas de la danza,  
bajo la luz que en tus ojeras arde  
al son del sistro tu silueta avanza,

y se borra después, como entrevista  
entre el oro humeante de la tarde  
á través de una copa de amatista.

## IX

Con un brazo hacia el suelo y otro en alto,  
doblada en grácil arco la cintura,  
surges, vívida estatua de basalto,  
sobre un trágico fondo de negrura.

Rudo estertor agita tus hechizos  
cuando al danzar la obscuridad alegras,  
y en el aire retuércense tus rizos  
como manojos de serpientes negras.

Tu danza es como un vértigo: marea...  
Son tan raudos tus pies que no parecen  
tocar los terciopelos de la alfombra.

Y en la noche sin fin que te rodea  
tan sólo tus pupilas resplandecen  
cual dos chispas de fósforo en la sombra.



II

El poema del desierto

*A Goy de Silva*



## I

Iba muerto de sed. La tarde huía  
en su corcel de fuego hacia el Poniente  
cuando te oí cantar. Tu voz tenía  
un trémulo frescor de agua corriente.

Desgreñada palmera proyectaba  
la sombra azul de sus encajes sobre  
el brocal donde, lenta, se llenaba  
de agua y de luz el ánfora de cobre.

En tus crespos cabellos fenecía  
la ilusión del crepúsculo escarlata  
en un temblor agónico y cobarde,

y en el fondo del pozo se veía  
brillar como una lágrima de plata  
el lírico lucero de la tarde,

## II

—Calma la ardiente sed que me sofoca—  
te dije arrodillado y balbuciente...  
Y acercando tu ánfora á mi boca  
me diste de beber patriarcalmente.

Y te fuíste... En tus rizos se extinguía  
la última llamarada del Poniente...  
Cantabas al partir... Tu voz tenía  
un lejano frescor de agua corriente.

Y no te he vuelto á ver... ¿En qué camino  
ofrecerás tu agua al peregrino?  
De mi labio febril la sed saciaste;

mas ahora, ¿en el brocal de qué cisterna  
conseguiré saciar esta ansia eterna  
que en el fondo del alma me dejaste?

### III

En la paz del desierto solitario  
bajo la asfixia y el dolor me pierdo,  
sin más amigo que mi dromedario  
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

¡Cuántas veces, la sed del labio ardiente  
sació una virgen bajo alguna palma;  
mas no apagó la sed que por ti siente  
la eterna calentura de mi alma!

El eco de tu voz suena en mi oído  
mucho más dulce cuanto más perdido...  
Y lento y melancólico me pierdo

en la paz del desierto solitario,  
sin más amigo que mi dromedario  
y sin otra ilusión que tu recuerdo.



III

El poema del opio

*A Ricardo Baeza*



## I

Mientras sobre moriscos almohadones  
se inclina fatigada la cabeza,  
amengua el corazón sus pulsaciones  
y enerva nuestros miembros la pereza.

Respira libremente, en una rara  
levedad la materia adormecida,  
cual si un ser invisible nos quitara  
de los hombros el peso de la vida.

Me envuelven las azules espirales  
de mi pipa en volutas irreales  
como serpientes á un rumor despiertas,

y adormecen mi alma con sus giros  
clavando en mis pupilas entreabiertas  
sus hipnóticos ojos de zafiros.

## II

Se disipa en el humo el alma entera,  
sólo una vaga angustia nos domina...  
Torpe la mano desgarrar quisiera  
la telaraña azul de la neblina.

De un sueño vagaroso y polvoriento  
nos despierta un rumor raudo y sonoro,  
como el ligero aletear del viento  
entre un rosal de cálices de oro.

Una nube de humo lenta avanza,  
flotando á impulsos de fragante brisa,  
y arqueando los brazos en la danza,

entre las nieblas de su cabellera  
me ofrece la granada de su risa  
el bronce humano de una bayadera.

### III

La cabellera destrenzada ondea  
sobre el rítmico bronce estremecido,  
y el loto que en sus manos azulea  
deja en el aire un vago olor á olvido.

Tejen vertiginosos sus pies frágiles  
simulacros de lúbrica armonía,  
mientras resbala por sus miembros ágiles  
un trémulo fulgor de pedrería.

El oro de su risa me arrebató,  
y en mi carne despiértase la fiera.  
Ahogo en un beso su reír sonoro,

y ante mis ojos que el placer dilata  
fosforecen sus ojos de pantera  
constelados de ráfagas de oro,



**motivos griegos**

*A Hamlet-Gómez*



## I

Bajo la clara luz de la mañana,  
en el bloque más puro del Pentélico,  
á pleno sol, cincelaré tu bélico  
perfil de cinegética Diana,

entre coros de ninfas y jaurías  
de feroces mastines... La blancura  
del mármol ha de dar á tu hermosura  
la eternidad augusta de los días.

Y en el desnudo plinto, como ofrenda  
grabará mi cincel esta leyenda:  
—; Salve, Divinidad serena y fuerte

que al arco del Amor no se ha rendido!  
Besó los ojos de Endymión dormido,  
y fué su beso el beso de la Muerte.

## II

Tendido el arco para herir, descienes  
del monte, entre ladridos de jauría,  
y una argentada claridad de día  
en las tinieblas de la noche enciendes.

¡Ay, mísero del fauno que asombrado  
te mire, entre las ramas en acecho!  
Certo el dardo se hundirá en su pecho  
y será por tus perros devorado.

Llenas de pasmo mirarán las ninfas,  
al surgir con la aurora de las linfas,  
su cuerpo, en la maleza, sanguinante...

Y llenarán de gritos la mañana...  
¡Ay, del ojo mortal que ve un instante  
la nocturna belleza de Diana!

### III

Sin otro manto que el de tus cabellos  
ante el asombro de los Dioses mudos  
muestras tus miembros blancos y desnudos  
que son castos á fuerza de ser bellos.

Del mar en las azules extensiones  
el alba rosa de tu carne asomas,  
entre un blanco revuelo de palomas  
y un argentino coro de tritones.

El caracol marino te saluda,  
y ante tu gracia cándida y desnuda  
la playa floreció para esperarte...

Y al fuego virginal de tu mirada  
bajo el áurca coraza tembló Marte  
y de sus manos se cayó la espada.



#### IV .

Sobre el tazón de mármol de la fuente  
se destaca el blancor de tu silueta  
entre la verde ramazón luciente  
de los olmos que ensombran la glorieta.

El sol modela tus turgencias blancas.  
En arco el torso y la rodilla fina,  
con el pulgar y el índice te arrancas  
del marmóreo talón aguda espina.

Entre los bordes de la herida abierta  
sangra un hilo de agua luminosa  
que anima el sueño de la fuente muerta,

tan fugaz cual la queja dolorida  
de una ninfa que huyendo presurosa  
de pronto en el talón se siente herida.

V

Tranquilo y transparente como un lago  
Sócrates va á morir por justo y bueno.  
Dió á los hombres su amor, y ellos en pago  
le dieron su rencor y su veneno.

La turba de discípulos implora  
en torno del Maestro condenado,  
mientras Critón, el predilecto, llora  
á sus yertas rodillas abrazado.

Pisando de la vida los extremos  
aun á Critón su labio sonreía...  
—¡No olvides que á Esculapio le debemos

un gallo!—suspiró la voz ahogada,  
y crispóse su mano de alegría  
acariciando la cabeza amada.

## VI

Platón con sus discípulos pasea  
bajo los verdes plátanos. Su acento  
vierte el consuelo de una nueva idea,  
y para oírle se detiene el viento.

Se oyen tranquilas resbalar las fuentes,  
lanza un ave en un mirto alegres quejas,  
y en torno de rosales florecientes  
zumban, ebrias de mieles, las abejas.

Y después de un silencio sobrehumano,  
en un gesto de siembra abre la mano...  
Junto á una vieja estatua se detiene...

Su voz resuena... Y con callado vuelo  
una paloma hasta sus labios viene  
para llevarse su palabra al cielo.

**Visiones místicas**

*A Balbino Dávalos*





## I

—Al verlo de la cruz desenclavado  
desangrándose rígido en el suelo,  
por el pálido rostro amoratado  
extendí la blancura de mi velo.

Y en el lino quedó fija la huella  
de su faz lacrimosa y sanguinante.  
Cada gota de sangre era una estrella,  
cada gota de llanto era un diamante.

Así la Magdalena clamó al cielo,  
y una lluvia de lágrimas corría  
por la faz de la santa visionaria.

Y con su llanto al fecundar el suelo,  
de cada lenta lágrima surgía  
el cáliz de una triste pasionaria.

## II

Dulcificando el áspero paisaje  
como un sueño de paz y de descanso,  
refulge la verdura del ramaje  
en el fúlgido espejo de un remanso.

Bajo copudos álamos blanquea  
la geórgica silueta del molino...  
Una rubia gallina cacarea  
escarbando la tierra del camino.

A la sombra de fértiles ribazos  
lava la molinera, con los brazos  
desnudos dentro de la linfa fría.

Y sonriente canta mientras lava,  
como cantaba la Virgen María  
cuando las ropas de Jesús lavaba.

### III

Evocando leyendas del Calvario,  
la sangre de la cruz y las espinas,  
regresan al alero solitario  
para anidar en él, las golondrinas.

Obscurece el verdor de los caminos  
el temblor de sus sombras pasajeras,  
y esparce la frescura de sus trinos  
un olor de recientes primaveras.

Se detienen temblando en los parrales,  
trinan y vuelan, y al volar dardean  
de oro el azul profundo de los cielos.

Y á través del verdor de los rosales  
los niños, fugitivos, manotean  
persiguiendo la sombra de sus vuelcs.

**Visiones románticas**

*A Jesús Castellanos.*





## I

Por los muertos canales de mi Vida  
con tus ojos enfermos de turquesa,  
pasabas en tu góndola florida  
como convaleciente Dogaresa.

Blonda de sol tu palidez latina,  
con tu mano enjorada de zafiros  
arrancando á la vieja mandolina  
músicas vaporosas cual suspiros.

Y á sus compases cuatro negros mudos,  
como cuatro románticos dolores,  
con sus brazos potentes y desnudos

empujaban la góndola que era  
bajo un sudario de fragantes flores  
como el sepulcro de la Primavera.

## II

Sobre las rosas de tu desconsuelo  
corrieron palideces de agonía,  
mientras algo en tus ojos y en el cielo  
como un vago crepúsculo moría.

Besaba la marmórea escalinata  
la onda con un temblor de algo que muere,  
y en la tarde fugaz la serenata  
era un ronco dolor de miserere.

Desgarrando sus velos de cautivas  
á la gótica flor de las ojivas,  
se asomaron mis sueños para verte

sobre un florido tálamo dormida,  
cruzar como el fantasma de la Muerte  
por los muertos canales de mi Vida.

### III

Cual rosas de diamantes, en tu caja  
sus más puras estrellas clavó el cielo,  
y te prestó la noche su mortaja  
de obscuro y silencioso terciopelo.

Y con sus dedos finos y sedeños,  
cuando pasaste bajo mis balcones,  
sobre ti deshojaron mis ensueños  
sus más blancas guirnaldas de canciones;

mientras curvados los remeros mudos,  
con sus brazos potentes y desnudos  
empujaban la góndola de flores

hacia el misterio del canal más alto,  
como cuatro románticos dolores  
que un nocturno cincel talló en basalto.

#### IV

¡ Oh, juventud perdida, tú eres esa  
visión que de la tarde á los fulgores  
cruza como una joven Dogaresa  
muerta sobre una góndola de flores !

Por los muertos canales de mi invierno  
aun te miro pasar y oigo tu canto  
como un recuerdo inmemorial y eterno  
que se esfuma en las nieblas de mi llanto.

Cuatro negros dolores te acompañan;  
las estrellas románticas se bañan  
para verte en las ondas de zafiro,

y el viento de la noche alza una nota  
temblorosa y fugaz como un suspiro  
al agitar tu mandolina rota.



## V

### Envío

Para tu vanidad de golondrina  
que ama la aristocracia de las gemas,  
á compás de mi vieja mandolina  
compuse estos románticos poemas.

Para velar á tu pudor rendido  
y desnudo al Amor, la frágil pluma  
estos velos de ensueños ha tejido  
con el vellón más blanco de la espuma.

Como adoras lo inútil y lo leve  
de la esperanza y del amor, te envío  
estos versos tan frágiles, cual una

guirnalda de amplios cálices de nieve  
colmados hasta el borde de rocío  
y atados con un rayo de la luna.

**El caballo andaluz**

*A Miguel de Unamuno*



## I

Curvado el cuello y la cerviz erguida,  
larga la cola y con la crin rizada;  
ancho de pechos, y la estremecida  
cabeza temblorosa y descarnada.

Vivaz la oreja y la nariz violenta;  
ojos con vaguedades de crepúsculos,  
y tan fina la piel que transparenta  
la nerviosa impaciencia de los músculos.

Lejos de la yeguada, en la maleza,  
en un largo relincho estremecido,  
fluctuante la crin, galopa solo...

Digno por su arrogancia y su belleza  
de tener alas para ser uncido  
en la cuadriga del divino Apolo.

## II

Sintiendo el desgarrón del acicate,  
bajo un trueno de bélicos clarines  
lanzóse relinchando en el combate,  
seltas al viento las revueltas crines.

Y entre un chocar de gritos y armaduras,  
en el pánico horror de las derrotas,  
bajo los clavos de sus herraduras  
crujieron piernas y cabezas rotas.

La luz del primer astro vertió como  
un resplandor de plata sobre el lomo  
todo de sangre y de sudor cubierto...

Con un relincho saludó á la sombra,  
lamiendo el rostro de su dueño muerto  
tendido en cruz sobre la verde alfombra.



### III

Pasó trotando bajo los balcones  
en un áureo crepúsculo de Otoño,  
agitando en el trote los borlones  
de su bermeja manta de madroño.

Sintió su fina grupa en la carrera  
bajo la obscura noche, acariciada  
por las sedas de alguna cabellera  
al amor de las brisas destrenzada.

Y evocó melancólico en la huída  
toda su triste juventud perdida...  
Galopar entre jaras y carrascos,

y saltar sobre vírgenes potrancas,  
manchando con el barro de sus cascos  
el vivo terciopelo de las ancas.

## IV

Pasó su ancianidad trágica y larga  
con los cascos hundidos en el barro,  
arrastrando, ya exánime, la carga  
de algún pesado y rechinante carro,

bajo el sol y por las noches oscuras,  
á través de caminos polvorientos,  
lleno de lacras y de mataduras  
y entre trallazos y entre juramentos.

Para luego, una tarde del estío,  
enflaquecido y con un ojo vendado,  
bajo fiestas de púrpura y de oro,

del circo en el inmenso vocerío,  
expirar tembloroso y desangrado  
entre las negras astas de algún toro.

A un poeta

*A Julio Raul Mendilaharsu*



## I

Poeta, el tumulto de tu vida acalma,  
y escucha en confidencias religiosas  
lo que dicen las cosas de tu alma  
y lo que el alma piensa de las cosas.

Y aprenderás las significaciones  
y los vocablos mágicos y activos,  
con que los inmortales Pigmationes  
transformaron la piedra en seres vivos.

Ahonda tu mirada hasta en el lodo:  
para el que sabe ver, existe en todo  
lo que vive y alienta, la Belleza...

Ajusta las palabras al sentido;  
y rima tu sentir con el latido  
del corazón de la Naturaleza.



## II

Ante la tentación de los sentidos  
que siempre el alma permanezca fuerte...  
¡Que no tiemble tu carne á los ladridos  
de los negros molosos de la Muerte!

Sin escuchar el lacrimoso bando,  
sondando con tu vista el horizonte,  
pasa como don Juan, jovial, cantando,  
el Leteo, en la barca de Caronte.

Tendiendo al cielo el arco de tu idea,  
mata el águila herida, que no pene.  
¡Que caiga con el pecho atravesado!

¡Ten firme el pulso, y que tu mano sea  
tan hábil y tan fuerte que refrene  
el ímpetu del gran caballo alado!

### III

Liberta de su buitre á Prometeo;  
sobre la desnudez tiende tu manto,  
y esfuma las violencias del deseo  
en el ritmo sereno de tu canto.

Ahuyenta los fantasmas de la duda,  
corona de jacintos tu cabeza...  
Muestra sin velos tu Verdad: desnuda  
es más sacra y más pura la Belleza.

Despierta en tu interior la Fe dormida,  
esa ciega inmortal que Dioses crea;  
y con su imagen y tu instinto sólo

ennoblece el ensueño de tu vida,  
para que el sueño de tu vida sea  
digno del canto y el laurel de Apolo.

**Alma mistica**

*A Federico Uhrbach*



## I

Vivir igual que un sañto cenobita  
en áspero cubil como una fiera,  
sin más compañía que una cruz bendita,  
un cuenco de agua y una calavera.

Llamar al lobo y al cordero hermanos,  
y sentir tal cariño por las cosas  
que jamás se atreviesen nuestras manos  
ni á deshojar la nieve de las rosas.

Un arcángel, desnuda la ígnea espada,  
al dintel de la cueva velaría  
para espantar de Lucifer el vuelo...

Y entre el húmedo azul de la alborada  
un cuervo entre su pico bajaría  
mi alimento diario desde el cielo.



## II

Tener la fe heroica y la grandeza  
de los patricios que á Jesús seguían.  
Olvidaban su rango y repartían  
entre pobres y enfermos su riqueza.

Y con sus blancos dedos que aun guardaban  
señales de sortijas de diamantes  
lavaban los ancianos y curaban  
las llagas y el dolor más repugnantes.

Y luego, en sobrehumano desafío,  
deshojaban sus castas primaveras  
del circo entre el inmenso vocerío,

palpitantes de amor y de esperanzas,  
bajo las rudas zarpas de las fieras  
entonando á Jesús sus alabanzas.

### III

Ser igual que esos místicos varones  
que enterrando sus sueños terrenales  
—instintos, apetitos y pasiones—  
en la parda prisión de sus sayales,

caminan, ebrios de un divino anhelo,  
los claros ojos en la altura fijos,  
á conquistar la tierra para el cielo  
sin otras armas que sus crucifijos.

Y entre salvajes mueren ultrajados,  
sobre un árbol en flor crucificados,  
sudando sangre hasta por los cabellos

—rojos frutos de místicas cosechas,—  
y rogando al Señor aun por aquellos  
que acribillan su cuerpo con sus flechas.

#### IV

Ser un prior alegre y vivaracho,  
confesor de infanzonas abadesas,  
y traducir los cuentos de Boccacio  
á los oídos de mis feligresas.

De día orando y por la noche amando;  
hacer un Paraíso de mi escilio,  
y podar mis rosales recitando  
exámetros latinos de Virgilio.

Amar joven la carne y viejo el vino;  
dormirme junto al órgano en el coro,  
y, libre de miserias y pesares,

expirar sobre un viejo pergamino  
miniando las mayúsculas de oro  
del divino *Cantar de los Cantares*.

## V

Ser párroco de gentes muy felices,  
y en el atrio, á las luces de la tarde,  
mostrar con altivez mis cicatrices  
por nuestro rey don Carlos que Dios guarde.

Pasar la noche al tute, discutiendo  
si es válida ó no válida una baza,  
ó junto al fuego del hogar, mintiendo  
episodios y lances de la caza.

Tener para el dolor una sonrisa,  
y dar al mal y á la amargura plazos;  
y mientras la mañana centellea,

para ir á oficiar la primera misa  
desprenderme entre besos de los brazos  
de la moza más bella de la aldea.



**Alma española**  
*A Rufino Blanco Fombona*



## I

Bajo los soportales de esta plaza  
—ha tres siglos—hubiera paseado  
con la altivez hidalga de mi raza  
mis fanfarronerías de soldado.

Chambergo con cintillo de esmeralda,  
levantando la capa la tizona;  
la melena flotante por la espalda  
y los mostachos á la borgoñona.

De mi patria y mi Dios noble cruzado,  
tomar una galera ó un castillo,  
y haber dado que hablar mucho á la Fama.

Y caer con el pecho atravesado  
á la medrosa luz de un farolillo  
bájo las celosías de mi dama.

## II

Tener un nombre que sonase á hierro:  
don César, don Rodrigo, ó don Fernando,  
y un escudero dócil como un perro  
que fuese mis hazañas relatando.

*estuardo,*  
Ser héroe de nocturnas ~~cuchilladas,~~  
capitán de los tercios más temidos;  
ensueño de doncellas y casadas  
y desvelo de padres y maridos.

Pasar, después, las horas silenciosas  
entregado á las prácticas piadosas,  
y al llegar de la Muerte á los confines

legar al primogénito mi espada  
herrumbrosa de orín y algo mellada  
de degollar herejes y muslines.

### III

Entre aventuras y entre desafíos  
atravesar de Italia las regiones,  
en el puño y el alma muchos bríos  
y la escarcela llena de doblones.

Gastar sin tasa y derrochar con lujo,  
y matar más franceses en Pavía  
que mujeres itálicas sedujo  
mi española y galante bizarría.

Y jugar, en nocturno campamento,  
sobre un tambor, mientras recorre el viento  
el alerta tenaz del centinela,

á la luz de una hoguera ensangrentada,  
el último doblón de la escarcela  
y hasta el puño de oro de mi espada.



#### IV

Desde Italia, tras épicos trabajos,  
llegar altivo de mi tercio al frente,  
á una ciudad de los Países Bajos,  
suelta la enseña y á tambor batiente.

Cruzar las landas con el agua al cuello  
bajo los fuegos de los arcabuces,  
y pasar viejos burgos á degüello  
entre un tumulto de sangrientas luces.

Y conducir herejes á la hoguera,  
y mientras se retuercen en la llama  
y el pavor de las turbas se apodera,

á hurtadillas dejar algún sonoro  
beso en los frescos labios de una dama  
de pupilas de azul y bucles de oro.

## V

Lanzarme al mar sobre veloz galera  
tripulada por viejos lobos, llenos  
de amor de Dios, cuyo renombre fuera  
terror de ingleses y de sarracenos.

Y sobre un mar de hirviente pedrería  
abordar, á la luz de la mañana,  
entre el estruendo de la artillería  
de los turcos la nave capitana.

Hundir mi hacha en el primer turbante;  
y en tanto que quedase un tripulante  
herir sin treguas y matar con saña.

Y entre el sangriento estruendo del asalto,  
izar al sol sobre el mástil más alto  
la cruz de Cristo y el pendón de España.

## VI

Desplegadas las velas luminosas  
entre las pompas de oriental boato,  
arribar á las playas fabulosas  
de algún nuevo y remoto virreinato.

Y enloquecido por la sed del oro,  
achicharrar del ídolo ante el ara  
los pies descalzos de un cacique, para  
descubrir el lugar de su tesoro.

Y abandonar las islas tan lejanas  
con la cabeza ya llena de canas;  
y arribar á las costas españolas

en la puente de rápida galera,  
tan cargada de oro que trajera  
la escotilla rasando con las olas.

## VII

Avivar con mis manos los tizones  
del hogar, y á mis hijos, en mi tierra,  
entre pausas de asma y de oraciones,  
narrar lances de amor, fortuna y guerra.

Tirso mis aventuras rimaría,  
y en el fondo espectral de su locura,  
con la mano en el pecho, el Greco habría  
copiado la altivez de mi figura.

Todas las tardes á la iglesia iría,  
para ahogar mis pecados en la eterna  
católica piedad que á Cristo loa,

y ya noche á mi casa tornaría,  
arrastrando el reuma de mi pierna  
igual que el buen don Lope Figueroa.



## VIII

Y ya, casi al final de la existencia,  
hacer de todo afán renunciamiento,  
y para oír la voz de la conciencia  
encerrarme en la celda de un convento.

Esperar sin dolor la hora postrera  
sin que nada á la vida nos despierte,  
entre las tibias y la calavera  
que nos hablan de Dios y de la Muerte.

Y sin miedos, ya en paz con la conciencia,  
abandonar la mísera existencia,  
para entregar, tras angustiosa lucha,

el alma á Dios y el cuerpo á los gusanos,  
calada sobre el rostro la capucha .  
y con un crucifijo entre las manos.

## IX

### Envío

Para adornar tu palidez de luna  
y ceñir tus cabellos ondulantes,  
te ofrezco estos poemas como una  
corona de oro ornada de diamantes.

Y sobre cada lírica faceta  
para halagar tu juventud florida,  
ha miniado el buril de tu poeta  
las ansias más intensas de su vida.

Yo nací con tres siglos de retraso:  
Amo el justillo y el jubón de raso,  
el chambergo de plumas y la espada.

Y es el mayor pesar de mi agonía  
vivir en este siglo sin poesía,  
ciego de fe... más sin creer en nada,

**Melancolías de otoño**

*A Santiago Rusiñol*



## I

Otoño melancólico nos cita  
á escuchar de la fuente el ritornelo.  
Un rosal sobre un banco se marchita  
y una nube deshójase en el cielo.

Crujen bajo los pies las secas hojas,  
y los árboles son oro que arde,  
entre las llamas trémulas y rojas  
de la remota hoguera de la tarde.

Mi corazón presente la amargura  
de una pena recóndita y futura,  
al escuchar los tristes ritornelos

de la fuente que tiembla entre neblinas,  
mientras tus sueños huyen por los cielos  
en una dispersión de golondrinas.



## II

Las nubes al pasar, lentas arrojan  
sombras sobre el verdor de las umbrías...  
A las húmedas brisas se deshojan  
los rosales de tus melancolías.

Entre el vapor de lágrimas del lago  
agoniza la luz, como un suspiro,  
y diluyen los cielos en un vago  
verdor sus transparencias de zafiro.

Anhela el corazón algún reposo,  
y nuestra boca, amarga de tristeza,  
besar los labios de un recuerdo quiere...

¡Sentarnos en un banco muy musgoso,  
é inclinar en las manos la cabeza,  
para llorar por algo que se muere!

### III

Mientras muere la tarde se oye al viento  
entre las ramas lúgubres quejarse,  
como el adiós desesperado y lento  
de dos que no quisieran separarse.

La brisa en un suspiro se dilata...  
La vida entera es un inmenso lloro...  
Llora la tarde lágrimas de plata  
y vierte el bosque lágrimas de oro.

Un húmedo dolor el parque llena...  
Nos habla de la muerte una campana;  
y á tus plantas marchítase un retoño,

mientras, ceñida al cuello de mi pena,  
oigo gemir á tu tristeza, hermana  
de este vago crepúsculo de otoño.

#### IV

Rasgando el gris difuso de la lluvia,  
su plegaria de azul al cielo eleva  
tu despeinada cabecita rubia...  
Llueve en tus ojos y en tu alma nieva.

Tu silueta beatífica destaca  
su inmaterialidad fuera del mundo,  
y hay en tu acento esa dulzura opaca  
que idealiza la voz del moribundo.

Cuando triste sonríes en tu encierro,  
de luto nuestro espíritu se viste  
como para asistir á algún entierro,

y anhelos de rezar el labio siente,  
pues tienes ese encanto dulce y triste  
de lo que muere prematuramente.

V

Tu larga cabellera luminosa  
que el sol espolvorea de reflejos  
tiene la aristocracia prestigiosa  
de los tisús y los damascos viejos.

Y tus manos que juntas palidecen  
bajo la luna, ostentan el encanto  
de esos lirios de nieve que florecen  
entre el pulgar y el índice de un santo.

Tienes la altiva aristocracia de esas  
orgullosas y pálidas princesas  
que digno de su amor no encuentran nada,

y antes de profanar su casamiento  
deshojan su belleza inmaculada  
en las oscuras celdas de un convento.



## VI

Pasó por tus pupilas como un vuelo  
de aves que emigran, y sentiste sola  
bajo el fastidio fúlgido del cielo  
la atracción fascinante de la ola.

El mar ante tus plantas parecía  
llamarte con sus trémulos suspiros,  
y á tu eterna tristeza le ofrecía  
su lecho de corales y zafiros.

Cerraste al pervenir los ojos bellos,  
y te lanzaste sobre la onda fría  
que alzó en tu honor un cántico sonoro.

Y al flotar distendidos tus cabellos  
semejaron un sol que se ponía  
llenando el mar de círculos de oro.

## VII

Tu perfil se destaca sobre el fondo  
de todas las tristezas de la vida  
con la altivez huraña y dolorida  
de los que piensan alto y sienten hondo.

Ya ni llorar tu corazón espera.  
De tu llanto secáronse las fuentes,  
y estás, mi amor, tan muerta que no sientes  
caer sobre tus párpados la cera.

Tienen tus rubios rizados ese incierto  
oro apagado del cabello muerto,  
y tus pupilas la angustiosa calma

de una ventana gótica y vacía,  
¡y es tu alma tan triste que podría  
ser la hermana gemela de mi alma!

**El poema de la juventud**

*A F. E. Marinetti*



## I

Purpurando la sangre de su herida  
el obscuro jubón de terciopelo,  
mi ardiente juventud yace sin vida,  
con los brazos abiertos sobre el suelo.

Rota la blanca pluma del sombrero,  
desgarrado su manto de escarlata;  
y junto al puño del quebrado acero  
rota también la cítara de plata.

Al escuchar su grito lacinante  
callóse el ruiseñor entre la umbría,  
y hasta la luna se ocultó temblando;

y á su lado, lamiéndole el semblante,  
como un lebrel quedóse la Poesía  
á los fantasmas de la Noche ãullando.



## II

Bajo un arco triunfal entró en la Vida,  
entre risas, aplausos y canciones,  
de una loca ambición el alma henchida  
y la escarcela llena de doblones.

A su afán imposible no hubo nada;  
durmió su amor en tálamos reales;  
la mano pronta para la estocada  
y el labio fácil á los madrigales.

En locas fiestas derrochó sus días:  
tuvo encuentros; cayeron cien donceles  
bajo el áureo fulgor de sus puñales.

Y siempre en sus nocturnas correrías  
ladrando le siguieron los lebreles  
de los *Siete Pecados Capitales*.

### III

En líricos y amantes ejercicios  
educó á las futuras juventudes,  
y no tuvo en la vida otras virtudes  
que las virtudes de sus propios vicios.

Senda adelante caminó de prisa  
sin temor á asechanzas ni á emboscadas.  
Tomó castillos con una sonrisa  
y conquistó sonrisas á estocadas.

Audaz y altiva atravesó la tierra  
sonriendo al peligro y á la guerra;  
mas siempre nobles sus audaces manos

supieron los prestigios del acero:  
los cintarazos para los villanos  
y la estocada para el caballero.

## IV

Desde sus miradores, más de una  
Julieta, arrojó audaz á su deseo,  
bajo el sueño de plata de la luna  
la romántica escala de Romeo.

¡Y cuántas veces, sobre amante falda,  
postrado de rodillas, con respeto  
deshojaron sus manos la guirnalda  
de las catorce rosas de un soneto!

Fué su vida de amor... ¡Cuántas doncellas,  
al claustro ó al hogar arrebatadas,  
á la pálida luz de las estrellas

ó á los trémulos rayos de la aurora  
galoparon desnudas, desmayadas  
sobre la grupa de su yegua mora!

V

Coronado de rosas y jazmines  
entre el fasto oriental de tus ocasos,  
apuraste en diabólicos festines  
el vino del placer en sacros vasos.

En la noche encendió tu serenata  
una divina fiebre de deseo,  
y con tu viva cítara de plata  
amansaste las fieras como Orfeo.

La visión de tu vida duró apenas  
lo que dura un manojo de azucenas.  
En traidora emboscada sucumbiste

embozado en tu larga capa grana,  
la misma noche en que al espejo viste  
entre tus rízos la primera cana.

FIN



ÍNDICE



## ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
El jardín de las quimeras... ..	9
Oriente: I.—La danza de los siete velos... ..	13
II.—El poema del desierto ... ..	33
III.—El poema del opio ... ..	41
Motivos griegos ... ..	49
Visiones místicas ... ..	63
Visiones románticas ... ..	71
El caballo andaluz... ..	83
A un poeta ... ..	93
Alma mística ... ..	101
Alma española.. ... ..	113
Melancolías de otoño ... ..	133
El poema de la juventud... ..	149



















**PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET**

---

**UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY**

---

PQ  
6641  
I6J37  
1909

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 09 11 04 13 016 0